

bosques, á abrir canales para dar salida á las aguas y que corriesen al mar, á alimentarse con la simiente de las plantas, y también á multiplicarlas por medio del cultivo. Así los cantaban por las calles: *De cuantos han ilustrado y dirigido un pueblo, no hay uno que te iguale: quien no te conoce, nada sabe: imiten todos el ejemplo del emperador.* Y un viejo, caminando tranquilamente en la misma dirección del emperador que le estaba oyendo, cantaba: *Apénas asoma el sol en el horizonte, me levanto á trabajar; y no bien desaparece, me entrego al reposo. Cuando tengo sed, bebo el agua de mi pozo; me alimento con el grano sembrado en mis campos: ¿por qué piensa el emperador tanto en nosotros?*

Habiéndole encontrado un día otro anciano, exclamó: *Príncipe santo, ojalá poseas grandes riquezas, vivas largos años, y tengas una descendencia numerosa.*

Rechazo tus deseos, respondió Yao. *Las grandes riquezas llevan consigo la intranquilidad y los cuidados: los muchos hijos causan graves inquietudes; y la larga vida nos hace arrepentir de muchos errores.*

Pero el viejo replicó: *El que tiene muchos hijos y confiere á cada uno de ellos una parte de su autoridad, se proporciona descanso: el que posee grandes riquezas y las distribuye entre los desgraciados, encuentra un manantial de goces. Si el mundo es gobernado por la razón ilustrada, todo marcha en orden; en caso contrario, queda el recurso de cultivar la virtud en la soledad; ¿Por qué, pues, acortarse la vida?*

Hasta entónces, los reyes elegían la persona que debía sucederles; por lo cual, habiendo reunido Yao el consejo de Estado, dijo: *Búsquese un hombre hábil para gobernar y conforme á la época: luego que se le halle, me valdré de él.*

Fang-tsi indicó á Intse-chu, hijo del emperador; pero Yao respondió: *No; es ingenioso, pero solapado: gusta de disputar. Tener á semejante hombre es como no tener á nadie. ¿Quién buscará uno que se adapte á la época? Luego que se le halle, me valdré de él.*

Un ministro dijo: *Huan-teu se ha mostrado capaz, y esmerado en los negocios.*

Y el emperador contestó: *No; Huan-teu dice muchas palabras inútiles; y cuando se presenta alguna cuestión, no se desenreda bien de ella: aparenta modestia, atención y recato; pero su orgullo no tiene límites.*

Posponiendo, pues, á su propio hijo, eligió á Yu-Chung, de humilde cuna, pero respetado por su amor filial: le dió en matrimonio á sus dos hijas, y despues de experimentarlo, observando todas sus acciones durante tres años, le asoció al imperio. Chung fué legislador; se impuso de las necesidades de las provincias visitándolas; uniformó las pesas y medidas; publicó leyes penales, permitiendo redimir con dinero ciertos castigos, y mandando que no se aplicase nin-

Chung.
2283.

guno por culpas cometidas casualmente; suavizó el rigor de los suplicios, sustituyendo á la pena de muerte, á la marca y á la mutilación el destierro, la confiscación y el palo. Muerto Yao, y habiendo el pueblo llevado luto por él tres años (lo que llegó á ser de rito en tales ocasiones), reinó solo Chung, el cual hizo construir muchos diques y calzadas, y asoció al imperio á Yu.

Del mismo modo que el ministro, en las monarquías constitucionales, al conferir un empleo explica al agraciado los deberes que contrae, así hacia Chung con sus dependientes; y aunque no creo mas auténticos sus discursos que aquellos de que llenaron Herodoto y Tito Livio sus historias, conviene trascribirlos para que se conozca el ideal de los magistrados chinos. Véase lo que decía Chung á los jefes de sus provincias:

« Es menester tratar con humanidad á los que vienen de léjos, instruir á los que están cerca, estimar á los hombres de talento, y sacar partido de ellos, confiar en los probos, no comunicarse con los malos. — Cuando el príncipe y el ministro saben sobreponerse á las dificultades de su situación, el imperio se gobierna bien, y se hace fácilmente marchar á los pueblos por el sendero de la virtud. — No dejar en el olvido á las personas sábias, establecer la paz en todos los países, conformar sus ideas é intenciones con las de los demas, no maltratar ni despreciar al que no puede quejarse, no abandonar á los pobres ni á los infelices; tales fueron las virtudes del emperador Yao. »

Luego añadía dirigiéndose á los grandes: « Aquel de vosotros que sea capaz de gobernar bien la cosa pública, será puesto por mí al frente de los ministros, para que reinen en todas partes el orden y la subordinación. »

Dijo á Ki: « Mira la miseria y el hambre de los pueblos: como inspector de la agricultura (eu-tsi) haz sembrar toda clase de granos, según lo exija la estación. »

Á Sie, ministro de la instrucción (sse-tu): « No hay concordia entre los pueblos, y en los cinco Estados se multiplican los males. Pública las cinco instrucciones; muéstrate blando é indulgente. »

Al juez supremo Cao-yao: « Los extranjeros suscitan turbulencias: si hay entre los habitantes del imperio ladrones, homicidas, gente de malas costumbres, usa de las cinco reglas para castigar los delitos con penas proporcionales. »

Á Pe-hi, ministro de los cultos (chi-tsung): « Vela de la mañana á la noche con temor y respeto: conserva recto y desapasionado tu corazón. »

Y á Kuei: « Te nombro superintendente de la música: quiero que la enseñes á los hijos de los príncipes y de los grandes: que sean sinceros y afables, indulgentes y complacientes, graves y firmes, sin dureza ni crueldad; inspíralos discernimiento sin orgullo, exponles tus ideas en verso, y haz canciones

CAPÍTULO XXIV

Consideraciones sobre las antigüedades chinas.

Desprovistos enteramente de entusiasmo los Chinos, no han sido modelados por la religion, como otros pueblos del Asia; y si bien al principio obtuvieron allí algun poder los sacerdotes, en clase de reguladores de las cosas sagradas, este fué anulado por los primeros emperadores, que reunieron en sí la autoridad civil y religiosa, ofreciendo sacrificios al Supremo Hacedor.

Los primeros libros chinos dan de la Divinidad una idea pura, á veces elevada, y en ellos encontramos también el fondo de verdad, común á los Egipcios, Caldeos, Persas, Indios, á cuantos pueblos, en fin, tienen historia. *Chang-ti* (señor mio), es el « espíritu que reina en los cielos, y los cielos son la obra mas excelente que ha producido la primera causa. Inmenso, eterno no hay para él mañana ni tarde; es raíz de sí mismo; y al pié de su trono innumerables coros de espíritus velan por el hombre y lo protegen. El placer supremo del sabio es elevarse hasta ellos para contemplarlos; aunque invisibles, él los ve; aunque no hablan, él los oye; están unidos por lazos que nada tienen de terrestres, y que ninguna cosa de la tierra puede romper. »

El otro nombre de Dios es *Tien*, el cielo, la gran bóveda en que descansan todas las cosas, como los maderos de un tejado en el caballete. Él dejó caer de su mano esa multitud de pueblos, despues de haberles dado la fuerza vital y la luz de la razón. Por él reinan los monarcas; bajo la condición de ser su imagen en la tierra, ó sea de castigar á los malos y premiar á los buenos; procurando paz á los hombres de buena voluntad (1); y en el nombre de *hijo del cielo*, que se aplica á los emperadores; se advierte la creencia de que el poder viene de arriba, único origen ante el cual puede inclinarse sin humillación el hombre. El temor de Dios es considerado en aquel libro como eficazísimo para la represión del vicio. *Tien* inspira los pensamientos santos; y se vale de su poder absoluto sobre la voluntad del hombre para conducirlo á la virtud con el ministerio de sus semejantes, para recompensarlo ó castigarlo sin limitar el libre albedrío.

Solo el emperador, como hijo adoptivo y heredero de la grandeza de *Tien* en la tierra, puede ofrecerle sacrificios solemnemente; pero debe prepararse para ejercer el ministerio pontifical con austero ayuno y lágrimas de penitencia (2). Todo el mérito de la oración y de los

» para los varios tonos de los instrumentos, si se conservan las ocho modulaciones y no se confunden los distintos acordes, los hombres y los animales vivirán en paz. » Y Kuei respondió: « Cuando toco mi instrumento de piedra, ya con suavidad, ya con fuerza, saltan de alegría las bestias mas feroces. »

Chung dijo también á Lang: « Detesto á los maldicientes: sus discursos esparcen la discordia y perjudican á los hombres de bien; excitando temores y sediciones, alteran el sosiego del pueblo. Ven, pues, ¡oh Lang! te nombro *na-yan* (relator); ya comunicando mis órdenes ó decretos, ya contándome lo que los demas digan, la rectitud y la verdad te servirán siempre de guía (1). »

El ministro Hi le decía: « Es preciso velar sobre sí mismo, y no cesar de perfeccionarse; no permitir que se violen las leyes del Estado; evitar las excesivas diversiones y los placeres torpes; cuando se da una comisión á personas prudentes, no mudar la orden; no tomar pronto una determinación, cuando ocurren dudas y dificultades; buscar los sufragios de las cien familias (ó sea del pueblo) y no enajenarse sus voluntades por favorecer la propia inclinación. »

Esta deferencia hacia el pueblo está mas claramente expresada en las palabras de un ministro de Yu: « Lo que el Cielo oye y ve se manifiesta por medio de las cosas que ven y oyen los pueblos. Lo que estos juzgan digno de recompensa ó de castigo indica lo que el Cielo quiere castigar ó premiar. El Cielo se comunica intimamente con el pueblo: tengan, pues, cuidado los que gobiernan á los pueblos (2). » No se vaya por eso á inferir de aquí que entrara en la constitución china ningún elemento democrático; ni podemos considerar tales máximas sino como fruto del otro principio que, juntamente con el de autoridad paterna, constituye el gobierno chino y lo modera, esto es, la ciencia de los letrados. Muerto Chung, vistió el imperio el luto trienal y le sucedió Yu como jefe supremo, en quien empieza la primera dinastía china; pues entónces se restringió el derecho que tenían los emperadores de elegir entre los súbditos presentados por los grandes; y estos no escogieron ya los candidatos sino entre los hijos del monarca, no atentando al orden de primogenitura, uso que se conserva hasta el dia, y que ofrece mayores probabilidades de buenos reinados que no la invariable sucesión directa, aunque pueden emanar de él disensiones y guerras intestinas.

(1) *Chi-king*, I, 2.
(2) *Chi-king*, I, 4.

(1) *Chi-king*.
(2) Véase la oración que Tao-kuang, emperador de la China, recitó en 1852, con motivo de una sequía:

« Yo, ministro del Cielo, colocado en un puesto superior á los demas hombres para gobernarlos, soy responsable del orden del mundo y de la tranquilidad de imperio. Afogado, anhelante, no he podido dormir ni comer; y sin embargo, ninguna copiosa lluvia ha caído aun... Me pregunto á mí mismo si he sido negligente en los sacrificios; si se han apoderado de mi corazón el orgullo y la prodigalidad; si

sacrificios está en la piedad de la intencion. « La verdadera sabiduría (dice el Ta-hio) consiste en la luz del espíritu y en la pureza del corazón, en el amor á la virtud, en el zelo por la propagacion de este amor, y en remover todo obstáculo que se oponga á nuestra union con el supremo bien y á nuestra constante devocion á él. » Esta idea elevada de la dignidad del hombre con dificultad se encontraría en los sabios de Grecia.

Las almas de los justos van á la morada de Chang-ti; pero no hallamos expresadas con claridad las penas reservadas á los delitos en la otra vida. El no haberse mezclado los Chinos con los demas pueblos los salvó de la multiplicidad de dioses; pero su dios-cielo puede conducir al panteísmo, si lo abraza todo, ó al dualismo, si se cree que unido con la tierra engendrò al universo. Tambien es fácil que induzca á error el doble nombre de Dios, tanto mas cuanto que el de Chang se aplica á veces á los emperadores. La veneracion á los muertos se acerca asimismo á la apoteosis; pero nunca entre ellos llega á ser el politeísmo idolatría, ni en los King se hace mencion de ídolos, ni tampoco de templos ni sacerdotes. Posteriormente fué cuando los Chinos prestaron homenaje á los cielos materiales y á la influencia celeste, y de esta, que es la mas excusable de las idolatrías, descendieron pasados algunos siglos hasta venerar espíritus malignos y objetos materiales, de lo cual los separó Confucio.

Aquellas creencias son un resto de las tradiciones patriarcales, que llevó consigo la descendencia de Noé al dividirse, y cuyas huellas podríamos descubrir en algunas de sus cosmogonías. Estas, en efecto, cuentan que el hombre en el estado de inocencia vivía en un jardín delicioso, de donde salía un manantial que alimentaba cuatro grandes rios, donde crecía el árbol de la vida y alcanzaban larga edad los hombres en virtud, justicia y sabiduría; pero con el pecado de una mujer entraron en el mundo la desventura y los infinitos males, de que vendrá á aliviar á la humanidad un Redentor.

Decía Confucio al ministro Pe: « He oído decir que en los países de Occidente nacerá un hombre santo, el cual, sin ejercer ninguna especie de gobierno, impedirá los desórdenes; sin hablar inspirará una fe espontánea; sin efectuar trastornos, producirá un océano de

» he prestado poca atencion al gobierno; si he proferido palabras irreverentes y merecido reprobaciones; si han sido distribuidas con injusticia las recompensas y las penas; si para alzar monumentos y construir jardines he gravado al pueblo y causado perjuicio en los campos; si en la eleccion de los empleados no he preferido á los mas capaces, vejando así al pueblo; si el oprimido no ha encontrado apoyo; si las liberalidades concedidas á las desgraciadas provincias del Mediodía no han sido repartidas como corresponde; si se ha dejado morir á los indigentes en los barrancos. Prostrado, suplico al Tien imperial que me perdone mi ignorancia y estupidez; pues millones de inocentes perecen por culpa de un hombre solo. Son tantos mis pecados, que no confío en librarme de sus consecuencias. El verano pasó y ha llegado el invierno: es imposible aguardar mas. Prostrado, suplico al Tien imperia l que me libre de estas calamidades. »

» acciones: nadie puede decir su nombre; pero he oído asegurar que será el verdadero santo (1). »

Y los libros canónicos añaden que este santo es « el que todo lo sabe y lo ve; aquel cuyas palabras son todas doctrina, y cuyos pensamientos todos verdad; celeste en todo y maravilloso; sin límites en su sabiduría; cuyos ojos abrazan todo el porvenir, cuyas palabras son eficaces. Es la misma cosa que Tien, y el mundo no puede conocerle sin Tien: él es el único que puede ofrecer un digno holocausto al Chang-ti. Mentseu, ó Mencio, añade que « los pueblos le esperan como las hojas marchitas aguardan la lluvia. »

Ha habido quien ha comparado los tres primeros emperadores y los cinco príncipes á los patriarcas. Bayer y Menzeli (2) al examinar el Siao-ullun ó sean los orígenes chinos, han encontrado afinidad entre Puen-ku y Tay-ku, esto es, la primera ó la mas remota antigüedad de los Chinos y el inmenso abismo de la creacion primitiva. Como en Moisés, aquella termina en los libros chinos por la masa líquida, á que suceden las augustas familias de los cielos, de la tierra y de los hombres, personificación á su manera de los cielos, la tierra y los hombres que sucedieron al tohu-vabohu, ó caos del Génesis. Nueve hombres de la última familia augusta corresponden á los nueve patriarcas antediluvianos; hasta el nombre de Yao se parece tanto al hebreo de Jehová, que nos inclinamos á creer simbolizada en él una colonia del primer pueblo, que llegaría á aquel extremo del Asia, llevándole el nombre y el conocimiento del verdadero Dios.

Estas comparaciones fueron continuadas con erudicion y sutilezas por los jesuitas, que algunas veces se extralimitaron llevados de un espíritu sistemático. Sin embargo, así los jesuitas como los filósofos están de acuerdo en dar una grande antigüedad al pueblo chino, aunque haciéndola concordar los primeros con los libros santos, y probando que no excedía de los límites de la cronología mosaica, segun el código samaritano; mientras que los segundos han querido deducir de ella argumentos para impugnar la unidad de origen de la especie humana y el cómputo de los tiempos, segun Moisés. No hay duda de que la nacion china puede gloriarse de

(1) REMUSAT, Noticias de los mss. de la biblioteca del rey, t. X, pág. 407.

(2) BAYER, Mus. Sin., t. I, in prof. MENZELI ap. Bayer Comm. orig. Sinicarum, p. 267. Petersburgo, 1730.

Ademas de los jesuitas, puede consultarse una comparación de las creencias y tradiciones chinas con las hebreas en HENMANN J. SCHMIDT, Uroffenbarung, oder die grossen Lehren des Christenthums nachweisen in den Sagen und urkünden der ältesten Volker, vorzüglich in den s. g. Kanon Büchern der Chinesen, etc. Landshut, 1834.

DE PARAVEY, Documents hiéroglyphiques, emportés d'Assyrie et conservés en Chine et en Amérique, sur le déluge, les dix générations avant le déluge, l'existence du premier homme et celle du péché originel. Paris, 1838. Este autor deduce del Chü-king la historia de Noé y la genealogía hasta Adán.

FORTIA D'URBAN, Hist. antédiluvienne de la Chine dans les temps antérieurs à l'an 2298 avant notre ère. Paris, 1838.

contar una grande antigüedad; pero no tan remota como se pretende. Y ya que á lo que entiendo sus sostenedores solo la infieren de sus historias, civilizacion y ciencias, examinémoslas separadamente.

Un pueblo eminentemente conservador debe haber escrito sus anales con la paciencia con que los Egipcios pulian y volvian á pulir sus colosos de pórfido, y los Indios esculpian sus grutas. Desde muy antiguo han escrito libros los Chinos, sirviéndose primeramente de láminas de bambú, despues de telas hechas á propósito, que contaban hasta cuarenta piés de largas sobre cinco de anchas, y que colgaban, cubiertas de máximas, encima de los sepulcros, y en las salas. Enseñaron la fabricacion de papel á la Bucaria, y por medio de Samarcanda á la Arabia, de quien la hemos aprendido nosotros. No es, pues, extraño que la ciudad de Kai-fong-fu por sí sola tenga sus anales en cuarenta libros, divididos en ocho grandes tomos, donde no se ha omitido suceso alguno por mínimo que haya sido, ni una orden, ni la cosa mas pequeña. Tampoco es de admirar que la emigracion de los Torgutos esté escrita en un colosal libro de piedra (1). Son ademas la obra maestra de la erudicion y de la tipografía chinas las tablas cronológicas (Li-tai-ki-sse) en cien tomos, que el emperador Kian-Lung hizo imprimir en 1767 por la academia imperial (am-lin).

La historia es allí honrada; hay un tribunal especial para entender en ella, y cada emperador lleva consigo dos historiadores, uno á su derecha y otro á su izquierda, encargados de escribir, el uno sus acciones y el otro sus discursos; y para que lo puedan hacer con toda seguridad, no se lee la historia de cada príncipe reinante sino despues que ha muerto, y segun creen algunos, solo cuando ha concluido la dinastía. Cada día, decia un ministro, nos ofrece el recuerdo de los hechos de ayer, pero no el sentimiento. Si tardamos en consignarlos por escrito, se corre riesgo de alterarlos involuntariamente.

Debería, por lo tanto, esperarse que nos proporcionarán anales completos, si no del género humano, á lo ménos del país, y de los millares de siglos que tan liberalmente regalan á los pueblos chinos aquellos que en vez de escribir la historia, la inventan. Pero el emperador Chuang-ti, el mismo que hizo construir la gran muralla, habiendo fundado una nueva dinastía y queriendo anular las pretensiones que los pequeños feudatarios apoyaban en los recuerdos de lo pasado, mandó quemar todos cuantos libros existían. No pudo ejecutarse esta orden á la letra, ni aun en un país como aquel, donde se obedece y no se piensa; y la memoria y lo que se libró del incendio contribuyeron á restaurarlos; pero su autenticidad fué cada vez mas dudosa. El mismo Confucio se lamenta de las

(1) Mém. concernant les Chinois, t. II, p. 373, y t. I, p. 329.

escasas noticias históricas que se tenían en su tiempo. El comentador Yang-seu dice: « ¿ Quién conoce los acontecimientos de los tiempos primitivos, cuando ninguna relacion auténtica ha llegado á nosotros? El que lee atentamente aquellas narraciones, se convence de que carecen de fundamento. Al principio no se escribían historias; cuanto mas que si los libros que las trasmitían fueron quemados por el primer emperador de la dinastía de los Tsin, ¿ á qué contentarnos con fabulas? »

Ma-tuan-li, el Varron chino, en sus profundas indagaciones acerca de las antigüedades patrias, rechaza todas las primeras dinastías y coloca los principios de la historia en el reinado de Yao, en el cual empiezan tambien el libro canónico del Chu-King y las mencionadas tablas cronológicas; pero aunque esto debilita la autenticidad que los jesuitas y algunos autores modernos han querido conceder á anales anteriores en tres mil años á la época de J. C., el negarles todo asenso sería ir demasiado lejos, pues en su favor no militan menores argumentos que los que hay en apoyo de los antiguos historiadores de Grecia y Roma. Los mas moderados y cuerdos no afirman la certidumbre de la historia china sino desde que principia la dinastía Cheu, once siglos ántes de la era vulgar (1).

Los Chinos pudieron ser inducidos á alterar la historia y á atribuirse una antigüedad muy remota, no solo por la vanidad comun á las naciones, sino por un elemento capital de su vida moral; la veneracion á sus antecesores. Así como los demas legisladores recurrieron á una revelacion divina para sancionar á la faz del pueblo sus constituciones, importaba á los Chinos mostrar que no eran las suyas nuevas, sino de prác-

(1) El padre Amiot, laboriosísimo y docto misionero, concluye así sus observaciones acerca de los historiadores chinos (Mém. sobre los Chinos, II, 146):

1º Que los anales chinos deben preferirse á los monumentos históricos de todas las demas naciones; porque son los mas escasos de fábulas, los mas seguidos, los mas copiosos en hechos, etc.

2º Que merecen toda nuestra fe; porque sus épocas están demostradas por medio de observaciones astronómicas, que, unidas á los monumentos de toda especie en que abundan estos anales, se comprueban y sostienen recíprocamente, concurriendo juntos á certificar la buena fe de los escritores que nos los han trasmitido, etc.

3º Que son acreedores á la atencion de todas las personas ilustradas; porque pueden ayudarles á remontarse con seguridad hasta los primeros siglos de la renovacion del mundo, suministrándoles en este particular los socorros y guías de que han menester: tales son: los ciclos sexagenarios, ordenados recientemente en tricírculos, cuya época radical es el año 2637 ántes de la era cristiana, 61 del reinado de Huang-hi; las genealogías de los primeros soberanos, genealogías que llevan consigo el sello de la verdad en los pequeños vaquios que tienen, y que nadie se ha atrevido á llenar, aunque hubiera sido facilísimo verificarlo á cualquiera que hubiera querido añadir algo de su invencion; las tablas cronológicas, que señalan con exactitud la sucesion no interrumpida de todos los emperadores que reinaron por mas de 4,000 años, etc.

4º Finalmente, que estos anales son tambien la obra de literatura mas auténtica que existe en el universo; porque no la hay en el mundo que haya sido elaborada en el espacio de casi diez y ocho siglos, que haya sido revisada, corregida, aumentada á medida que se hacían nuevos descubrimientos, por un número tan grande de sabios reunidos, autorizados y provistos de todos los auxilios posibles.